

IDENTIDAD Y ARQUITECTURA IDENTITARIA EN EL ANTIGUO REINO DE UR III

Viviana Gómez¹

U.N.S.

En Oriente Próximo, “la condición de “habitante” de un reino, es probablemente vivenciada, en un principio, desde un espacio negativo: el de la imposición de la autoridad que percibe tributos, prescribe levadas y trabajos obligatorios” (De Bernardi, 2005: 21), situación que conducía inevitablemente al empobrecimiento, el endeudamiento y, finalmente, a la pérdida de la libertad y a la desintegración familiar.

Para prevenir cualquier intento de fraccionamiento político y contener toda posibilidad de tensión social, los dinastas de Ur III decidieron reforzar un antiguo sentimiento de identidad colectiva que, trascendiendo cualquier tipo de diversidad etnolingüística, permitiera modelar una “identidad social”² capaz de generar en la conciencia de los súbditos un sentimiento de pertenencia al reino y, por ende, de subordinación al Rey de Ur.

Es así como los conceptos de *Kalam* y *Kur*, adormecidos luego de la violenta caída del reino de Akkad y durante el período de dominación guti, comenzaron a ser vigorizados. Se hizo hincapié entonces en la acusada diferenciación que existía entre el reino de Ur, la llanura irrigada y urbanizada, centro ordenado y civilizado –*Kalam*–, y la periferia, definida como caótica, salvaje y peligrosa –*Kur*– adjudicándosele un sentido de ajenidad ambiental y de alteridad a sus habitantes, considerados “los otros”, los extranjeros.

Sobre la base de esta dicotomía, se estructuró un mensaje que encerró la idea de que “sólo puede haber una realeza... y de que la verdadera separación política no está entre una u otra ciudad, ni entre sumerios y semitas, sino entre este conjunto unificado y el mundo bárbaro de alrededor” (Liverani, 1995: 224). En

¹ uraeusdorada@yahoo.com.ar

² En este trabajo, el concepto de identidad social será entendido simplemente como un estado de conciencia implícitamente compartido por aquellos individuos que reconocen y expresan su pertenencia a una determinada comunidad. Para un conocimiento más profundo del concepto de identidad, recomendamos la consulta de C. De Bernardi (2007: 19-35).

consecuencia, esta construcción del “nosotros” frente a los “otros”, cargada de un fuerte contenido emocional, condujo irremediablemente a la peyoración de los habitantes de las zonas montañosas, de las estepas y de los desiertos, con tal grado de perversidad que hasta se llegó a poner en duda si poseían los requisitos mínimos de humanidad, convirtiéndolos en enemigos potenciales o directamente en nadie, por lo cual su discriminación no planteaba ningún problema de conciencia.

Partiendo de la hipótesis de que los reyes neosúmeros necesitaron rehabilitar el prestigio de la realeza, fortalecer la institución monárquica y consolidar su dominio efectivo sobre los territorios conquistados y unificados, es nuestro objetivo rescatar la importancia de la arquitectura como uno de los principales canales seleccionados por los dinastas de Ur III para la difusión de un mensaje ideológico destinado a modelar una identidad social y a reforzarla durante sucesivas generaciones, con la intención de generar entre los súbditos decodificadores una corriente colectiva que sustentara la legitimidad del soberano del reino y respaldara su permanencia en el trono.

La arquitectura identitaria

Durante el período de Ur III, el espacio que encerraba los dominios del reino adquirió desde el punto de vista arquitectónico un relieve extraordinario: la urbanización alcanzó un importante desarrollo y las grandes proyectos de obras edilicias fueron erigidos estratégicamente a los efectos de cumplir una función práctica y a la vez simbólica, difundiendo a través de su monumentalidad y perdurabilidad en el tiempo un mensaje ideológico identitario.

Entre las numerosas construcciones civiles y religiosas -palacios, templos, infraestructuras hídricas y remodelaciones en los muelles-, surge inmediatamente la necesidad de resaltar la edificación más representativa de la cuenca mesopotámica: el *Zigurat*, y en especial los elevados por Ur-Nammu en Ur, la capital del reino -acondicionado luego por Shulgi- y el de Eridu, finalizado en la época de Amar-Sin, cuyos restos han sido recuperados por la arqueología del pasado siglo³.

³ Restaurados en su momento por el Departamento Iraquí de Antigüedades, actualmente se encuentran muy deteriorados puesto que han sufrido los efectos de la ocupación extranjera del país, la resistencia nacional y el accionar de grupos violentos extremistas, fundamentalmente a partir de la intervención del año 2003.

Tanto por sus grandes dimensiones –en cuanto a volumen y altura- como por su ubicación, en el centro del área sagrada de las ciudades, los zigurats se transformaron rápidamente en los elementos urbanos más destacados y distintivos del reino⁴. Como testimonia el plano topográfico de Ur, al erigirse en las proximidades del palacio real –*Ehursag*-, de los departamentos administrativos y la tesorería –*Enunmah*-, del tribunal de justicia –que funcionaba en la zona del *Edublmalh*-, cercano a las residencias sacerdotales –*Gipar*- y a los almacenes aledaños, este edificio se encontraba integrado a la vida de la ciudad⁵, “formaba parte del organismo ciudadano” (Giedion, 1992: 225); además, es de suponer que sus escalinatas monumentales lo hacían accesible a todos los súbditos presentadores de ofrendas en ocasiones especiales -como por ejemplo durante la festividad de Año Nuevo-, durante las cuales se les permitía un acercamiento a la esfera celeste⁶, y que a medida que la escalera central se hacía más estrecha en dirección a la cima, se facilitaba a cualquier observador atento la visualización a distancia de las emotivas procesiones sacerdotales con destino a la plataforma superior.

Simultáneamente, el gigantismo de estos edificios construidos con ladrillos de arcilla que no sobrepasaban los 40 cm. de lado⁷, reflejaba el gran poder del rey en calidad de piadoso constructor, ya que ésta era una de las virtudes que debía detentar todo gobernante mesopotámico que personificara un modelo de realeza, tal como quedara plasmado en la llamada *Estela de Ur-Nammu*.

Se trata de un monumento conmemorativo de piedra caliza, de unos 3m. de altura y 1,5 m. de diámetro, actualmente en el Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad de Pennsylvania. Esta pieza escultórica se encontró muy dañada, y sus fragmentos esparcidos en la zona del *Edublmalh*, término que hace referencia a la monumental entrada al patio del zigurat. Por ende, es probable que fuera éste el sitio en donde originariamente fue ubicada,

⁴ Como afirmara G.Leick: “En el contexto de la ciudad... los zigurat eran tan urbanos en lo que respecta a sus connotaciones como un horizonte de rascacielos en nuestra época” (2002: 163-164).

⁵ Una sintética y clara explicación del plano topográfico del recinto sagrado de Ur es la suministrada por Enrico Ascalone (2006).

⁶ No trataremos en este trabajo el simbolismo que algunos estudiosos han visto encerrado en este tipo de estructura -la plasmación de las jerarquizadas interrelaciones de los mundos divino, humano y natural- puesto que escapa al objetivo del mismo.

⁷ En general, el núcleo del zigurat era de ladrillo de barro y estaba revestido con una capa de ladrillos cocidos y betún que lo protegía de la erosión. Su altura oscilaba entre 15 m. y 21 m. aproximadamente y podía sumar un total de siete terrazas, la última coronada con un templo.

quedando integrada al complejo al anticipar visualmente a todo visitante la magnífica construcción emprendida por Ur-Nammu.

En el anverso de esta estela, en el segundo de los registros, está representado el rey de Ur portando la cuerda y la vara de medir frente a una divinidad que sujeta una especie de escuadra, elementos necesarios para emprender una construcción; en el registro siguiente, el rey aparece llevando sobre uno de sus hombros herramientas de albañilería –pico, pala, cuerdas y nivel- en compañía de un asistente; finalmente, los restantes registros, estarían refiriendo muy posiblemente distintas fases de la edificación del zigurat, destacándose la imagen de una escalera, a modo de engarce entre los niveles de la secuencia narrativa.

Por lo tanto, la iconografía plasmada en esta pieza de importante tamaño, actuó también a modo de canal propagandístico de la realeza de Ur, al difundir a través de las imágenes –en una sociedad mayoritariamente iletrada- una antigua idea centrada en el servicio a los dioses, que trataba de persuadir a la audiencia de súbditos de la necesidad de cumplir con las prestaciones de mano de obra debidas al estado –corveé-, ya que ello implicaba realizar un esfuerzo colectivo en aras de un “nosotros”, es decir, un reino civilizado, agradable y agradecido a los dioses, lo cual a su vez servía para reforzar la unidad política y la identidad social.

Ahora bien. Dentro del legado arquitectónico de los dinastas de Ur III, no podemos dejar de resaltar también el programa de construcción de caminos y posadas emprendido por iniciativa de Shulgi, destinado a unir los distintos puntos del reino y a favorecer la dinámica y la seguridad en las comunicaciones, proyecto enriquecido además con un esquema paisajista.

En uno de sus himnos⁸, el propio monarca lo proclamaba así:

Yo (Shulgi) ensanché las sendas, allané los caminos del país, hice seguros los viajes, construí “casas grandes”, planté jardines a lo largo de la ruta, establecí posadas, instalé en ellas a gentes amables, (para que) quien viene de abajo y quien viene de arriba se solace en su frescura, y el caminante que viaja por los caminos de noche pueda encontrar en ellas refugio como en una ciudad bien construida (Kuhrt, 2000: 89).

Ante todo es interesante notar que este tipo de composición literaria era “una nueva forma de propaganda de la realeza... complementaria de la antigua forma de la inscripción monumental que los reyes de Ur heredan de los de Akkad”

⁸ Se trata de un himno real compuesto en honor a Shulgi, es decir, un poema musicalizado que se cantaba en el ámbito de la corte con la intención de ensalzar la figura real –destacando especialmente las virtudes del soberano- y promover la lealtad hacia el monarca.

(Liverani, 1995: 235), pero a diferencia de ésta que destacaba fundamentalmente las victorias militares, los himnos ponían énfasis en las virtudes naturales del rey – valentía, sabiduría, justicia, piedad, atletismo, belleza-; por ende, el hecho de que el programa de construcción realizado por el Shulgi haya sido seleccionado para ejemplificar la preocupación del monarca por el desarrollo y el bienestar del reino y sus habitantes, estaría refiriendo el impacto que produjo la ejecución de dicho programa en la mentalidad colectiva.

En efecto, la realización de este ambicioso plan, que además de requerir expertos en materia de construcción y paisaje demandaría la movilización de numerosa y variada mano de obra⁹, serviría para imprimir en la conciencia colectiva una idea de orden, que estimularía un sentimiento de seguridad para todos los que recorrieran el reino¹⁰, lo cual vendría a fortalecer aún más la oposición entre los dominios reales y la idea de espacio salvaje, desordenado, hostil e inseguro que se tenía de la periferia.

No obstante, a pesar de la campaña de reforzamiento de la identidad étnica súmeru-acadia, ante los ojos de la realeza ésta parecía encontrarse amenazada por la infiltración progresiva de los amorreos o mar.tu, grupo etnolingüístico considerado un verdadero peligro para el reino de Ur III.

Si bien los mar.tu están testimoniados como una etnia semita noroccidental, originariamente pastores, algunos de ellos se encontraban sedentarizados y desempeñando tareas de construcción o formando parte de la milicia urbana de Ur III¹¹. Sin embargo, en las inscripciones reales se los definió como un grupo homogéneo, ocultándose sus diferentes estrategias adaptativas y divulgándose una imagen negativa de los mismos al ser catalogados como representantes del *Kur*, que respondió fundamentalmente a “la imposibilidad de transformarlos en súbditos y por ende, en tributarios” (De Bernardi, Silva Castillo, 2005: 23).

⁹ Basándose en una inscripción de Shu-Sin, D.O. Edzard, informa que en esta época surgió en las proximidades de Nippur una colonia de prisioneros de guerra extranjeros, cuyos habitantes estaban destinados a trabajar en las obras públicas del reino de Ur III (1982: 24).

¹⁰ Según G. Roux, esta obra de ingeniería beneficiaría fundamentalmente a los correos e inspectores reales que recorrían el reino escoltados por soldados y policías (2002: 185).

¹¹ Esta situación estaría poniendo de manifiesto la presencia de una frontera étnica permeable. Al respecto es interesante la consulta del trabajo de C. De Bernardi, 2000: 261-284.

En una inscripción de Shu-Sin, leemos al respecto: "... los amorritas, un pueblo destructor, con los instintos de una bestia,... como lobos; un pueblo que no conoce el grano...." (Postgate, 1999: 110).

Es en este contexto, y aprovechando la tendencia natural de la gente a generalizar y establecer imágenes estándares a partir de un modelo, donde tendría eco la difusión de una literatura destinada a segregar y estigmatizar a este grupo poblacional a través de la utilización de estereotipos. Así, en una composición conocida como *El Matrimonio de Martu*, se dice al respecto de un representante de esta etnia:

No te cases, querida amiga, con ese nómada y enemigo de la civilización, cuya gente no tiene templos asentados para rezar a sus dioses. Va vestido con pieles de corderos, vive bajo una tienda, sometido a las inclemencias del viento y de la lluvia. No ofrece sacrificios. Vagabundea armado por la estepa. Desentierra las trufas, las kamatu, y no sabe doblegar la rodilla. Come carne cruda, pasa su vida sin tener casa y cuando muera, no será enterrado según los ritos funerarios. ¿Cómo podrás tú, amiga mía, casarte con ese Martu? (Lara Peinado, 2002: 83).

Es por ello que en la frontera occidental del reino, Shu-Sin dispuso erigir una nueva obra de arquitectura monumental, a los efectos de contener la penetración de este grupo: el muro contra los mar.tu, una línea defensiva que se extendía "a través del límite septentrional de la llanura irrigada, desde el Éufrates por encima de Sippar hasta el otro lado del Tigris" (Postgate, 1999, 61)

Si bien este muro no ha sido localizado aún sobre el terreno, su realización quedó testimoniada en una de las inscripciones que data del año 4 del rey: "Año (en el que) Shu-Sin, rey de Ur, construyó el muro del oeste (denominado) "Murid-Tidnin"" (Kramer, 1963: 327).

Por su parte, J. Oates informa acerca de la existencia de una carta escrita por un experto del comité de asesores técnicos encargado de supervisar dicha obra¹². En la misma se expone la magnitud de la construcción: "debía extenderse durante "26 horas dobles" (unos 270 kilómetros) y los trabajos supondrían la apertura de brechas en las márgenes tanto del Tigris como del Éufrates" (1989: 69), lo cual creemos tampoco pasaría desapercibido ante los ojos del pueblo sino, por el contrato, generaría una dinámica movilización de trabajadores para su construcción y un fuerte impacto visual cuando la obra fue acabada.

¹² Dicha carta fue analizada por C.J. Gadd en "Babylonia c.2120-1800 BC", publicada en: *Cambridge Ancient History*, 1,2, pp. 909-910.

De esta manera, la presencia del muro contra los mar.tu transmitió un doble mensaje a los súbditos de Ur III, en refuerzo de esa identidad colectiva de pertenencia a un reino: su estructura simbolizaba la fuerza de un poder central lo suficientemente fuerte como para poder llevar a la práctica una obra de tal envergadura, destinada a mantener a los “otros” fuera del reino, en beneficio de la seguridad de los súbditos, sus vidas, sus bienes; y, al mismo tiempo, testimoniaba la separación geográfica y física entre el centro y la periferia, anulando toda posibilidad de comunicación y contaminación por contacto con lo incivilizado.

A modo de conclusión

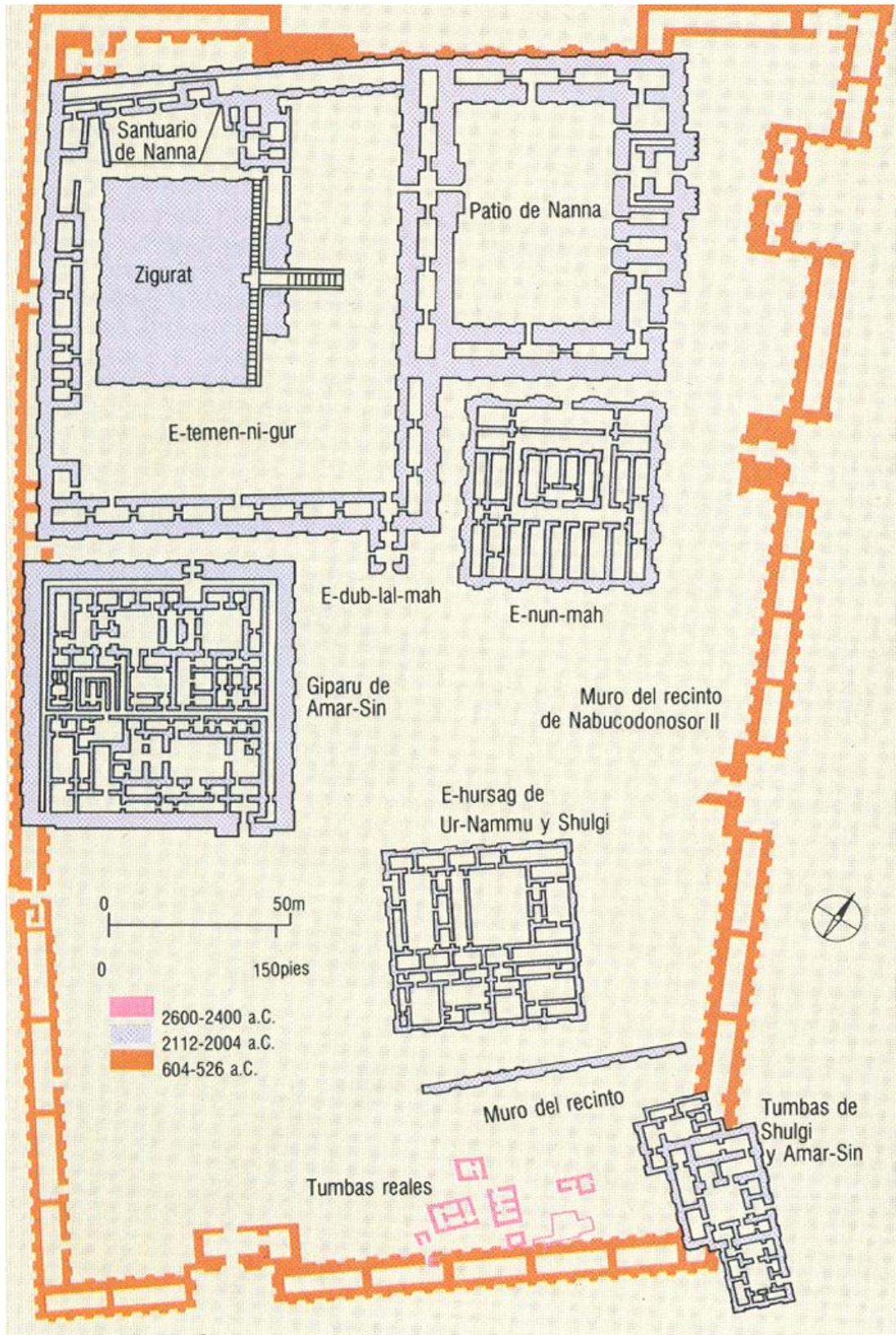
En el antiguo reino de Ur III, el mapa mental propagandístico que distinguía el “país interior” urbanizado y ordenado, de la “periferia” turbulenta, peligrosa e incivilizada, quedó materializado ante los ojos de los súbditos gracias a la ejecución de un programa arquitectónico a gran escala -de construcciones religiosas y sistemas defensivos y de reestructuración urbana y paisajismo-, proyectado y dirigido personalmente por la corona.

El seguimiento visual de la progresiva plasmación de esta “arquitectura identitaria” en el espacio físico del reino, la dinámica movilización de numerosa mano de obra hacia distintos puntos del mismo y la contemplación de los volúmenes edificados a través del tiempo, permitió a la sociedad en su conjunto -independientemente de su condición social e intelectual-, transformarse en audiencia receptora y decodificadora de un mensaje que acrecentaba el orgullo y la estima de los habitantes de la llanura irrigada y urbanizada, distanciándolos y diferenciándolos de los “otros”, los despreciados nativos de la estepa, del desierto y de la montaña.

De esta manera, los distintos dinastas neosúmeros manipularon con habilidad e inteligencia el canal de la arquitectura, cuyas redes fueron extendiéndose estratégicamente a lo largo y a lo ancho de los dominios reales, imponiendo el peso del pasado y haciendo factible que el mensaje trascendiera generaciones, modelando y reforzando una identidad social y manteniendo vivo un sentimiento de identidad colectiva de pertenencia a un reino, y de obediencia y fervor al rey, garante del bienestar y de la seguridad en sus territorios.

BIBLIOGRAFÍA

- DE BERNARDI, Cristina, "El Rol del Estado en la Construcción de Identidades Colectivas en Mesopotamia Antigua", en *Definir e Definire: percezione, rappresentazione e ricostruzione dell'identità, Atti del 3° Incontro Orientalisti 2004*, Roma, Associazione Orientalisti, 2005, pp. 13-28.
- DE BERNARDI, Cristina y Jorge SILVA CASTILLO, "Diversidad Étnica, Integración o Victimización en la Mesopotamia del III Milenio a.C.", en: *El Cercano Oriente Antiguo, Nuevas Miradas Sobre Viejos Problemas*, Universidad Nacional de Rosario-El Colegio de México, 2005, pp. 11-27.
- EDZARD, Dietz Otto, "El Reino de la III Dinastía de Ur y sus Herederos", en CASSIN, Elena, BOTTÉRO, Jean y Jean VERCOUTTER (comp.), *Los Imperios del Antiguo Oriente, I, Del Paleolítico a la Mitad del Segundo Milenio*, México, Siglo XXI, 1982, pp. 107-139.
- GIEDION, Sigfried, *El Presente Eterno: Los Comienzos de la Arquitectura*, Madrid, Alianza, 1992.
- KRAMER, Samuel, *The Sumerians, Their History, Culture and Character*, Chicago, University of Chicago Press, 1963.
- KUHRT, Amélie, *Oriente Próximo en la Antigüedad, I, 3000-330 a.C.*, Barcelona, Crítica, 2000.
- LARA PEINADO, Federico, *Leyendas de la Antigua Mesopotamia, Dioses, Héroes y Seres Fantásticos*, Madrid, Temas de Hoy, 2002.
- LEICK, Gwendolyn, *Mesopotamia, La Invención de la Ciudad*, Barcelona, Paidós, 2002.
- LIVERANI, Mario, *El Antiguo Oriente, Historia, Sociedad y Economía*, Barcelona, Crítica, 1995.
- OATES, Joan, *Babilonia, Auge y Declive*, Barcelona, Martínez Roca, 1989.
- POSTGATE, J.N., *La Mesopotamia Arcaica, Sociedad y Economía en el Amanecer de la Historia*, Madrid, Akal, 1999.
- ROUX, Georges, *Mesopotamia, Historia Política, Económica y Cultural*, Madrid, Akal, 2002.



Fuente: Roaf, Michael, *Mesopotamia y el Antiguo Oriente Medio I*, Barcelona, Folio, 1993, p.99



Zigurat de Ur

Fuente: *Diccionario de las Mitologías*, I, Barcelona, Destino, 2001, p. 108



Estela de Ur-Nammu

Fuente: Parrot, André, *Súmer*, Madrid, Aguilar, 1961, p.227